

## ¿Vacaciones, ocio, o culto?

Llegan estos días y meses veraniegos, y nuestros calendarios, agencias de viaje, medios informativos, etc, nos recuerdan que estamos en un periodo de asueto, descanso, evasión de nuestras tareas cotidianas, ¡al menos por un tiempo!

Pensamos en un recuperar fuerzas, hacer cosas que durante el año se nos escapan a nuestras posibilidades por falta de tiempo o circunstancias varias. Cuando nos liberamos de las responsabilidades profesionales o sociales, nos sentimos más protagonistas de nuestra vida, somos quizás auténticos o genuinos. Disponemos más directamente de nosotros mismos; brevemente dicho, estamos de vacaciones, y podemos dedicar nuestros días al ocio, al descanso, la diversión, o ¡también a la madurez personal!

En una sociedad, donde todo parece medido por el trabajo, tener un tiempo de ocio bien puede ser una ocasión propicia para pensar en nuestra propiedad identidad, a curar heridas o perfilar opciones existenciales, o recuperarnos mental y físicamente, etc. Todo de tejas para abajo, pero el silencio y la escucha de nuestra interioridad nos puede facilitar una apertura para la contemplación, la elevación u ocio espiritual; abrírnos a Dios. Es aquí cuando puede surgir la pregunta por esta alternancia férrea de trabajo y descanso, y si ésta se puede enriquecer con otras dimensiones.

### **El trabajo, un sentirnos partícipes de la creación divina**

La persona necesariamente está anclada en un cosmos que impone ciertas implicaciones, pero en el fondo es una manera de participar en esta historia que nos supera, y las maravillas de la creación nos recuerdan diariamente que cuanto nos rodea es reflejo de la bondad divina hacia el hombre.

**Gén 1,1-2,2:** Ofrece una narración paradigmática e intemporal que descubre la gratuidad del hacer divino en la creación, y cómo el hombre está llamado invitado a colaborar en el progreso de la misma. Esta creación posibilita una vida ordenada y sensata: **“Y vio Dios todo lo que había hecho: y era bueno” (Gén 1,31).**

Pero la sinfonía de la alabanza creadora encuentra otra partitura sublime en el Sal 103, cuando afirma: **“Bendice, alma mía, al Señor y todo mi interior, a su santo nombre” (v.1)**, y concluye, confesando: **“Benedicid al Señor, todas sus obras, en todo lugar de su imperio. Bendice, alma mía, al Señor” (v.22).**

*Léase con calma todo salmo. ¡Una perla!*

Estas citas son ecos de la armonía de la creación y de la integración de la persona en este ámbito maravilloso. Quedarse fuera de este escenario, sería renunciar a nuestra identidad; de ahí que la colaboración cotidiana en esta creación que destila bondad divina y nos ayuda comprendernos más genuinamente.

## **El culto sacramental, fiesta para la adoración de Dios Creador en Cristo, y descubrir nuestra dignidad**

Para el cristiano el trabajo significa participar en la obra de la creación, y el Señor resucitado vino a la tierra para convertirla en un nuevo paraíso, dando sentido al trabajo y al descanso. El trabajo no tiene para el creyente un valor absoluto, sino que tiene que salpicarlo con el reposo, celebrando comunitariamente esta alternancia, y, además, ayuda a recordarnos esta gratuidad, que está insertada profundamente en cada criatura que nos rodea. Perder este horizonte conduciría a una historia a medida de “hombre”, y a dañar la creación.

**Col 1,15-16: “El es imagen del Dios invisible, primogénito de toda creación, pues por él fue creado todo, en el cielo y la tierra: lo visible e invisible”.**

El Señor glorificado amplía nuestros horizontes, confirmando el sentido positivo de la creación y de la historia. Nuestra persona se halla sincronizada con esta maravilla, y, como les sucedía a colosenses, Cristo nos puede liberar de tantos seres intermedios a nivel cósmico y cultural, dada su religiosidad cargada de mitos a medida de su sensibilidad. En palabras más nuestras, posibilita que pongamos lucidez, sosiego y serenidad nuestro caminar diario frente a tantas ambigüedades o situaciones engañosas, disfrazadas de perfiles humanos, “solamente humanos”. El descanso nos concentra y da la posibilidad silenciarnos.

La celebración litúrgica dominical o diaria (en este tiempo quizás se pueda) nos ayuda sopesar la vida, revisar nuestras actitudes, a hacer examen de nuestras mezquindades. En palabras breves, a crear alegría y regocijo en nuestra conciencia y sentir personal, de lo contrario podremos vivir como anónimos, o ser caricaturas de nosotros mismos.

Tantos horizontes se entrecruzan, cuando oramos, participamos en los sacramentos, descubrimos a nuestros hermanos en esta tesitura de reposo y descanso. Es ocasión propicia conocernos mejor en el ámbito de la creación, y protagonistas de nuestro itinerario.

Miguel Álvarez, ofm